

III

Los alaridos de furor que lanzaba Doña Bibiana al saber la huida de sus hijos, se apagaron con un fuerte parasismo nervioso que la privó del sentido.

Largo rato permaneció sola, pues los criados, preocupados con la partida de Isabel, no se acordaron de ella para nada.

Cuando partió el carruaje, Doña Ursula fué la primera persona que se acordó del estado en que aquella madre desgraciada debia quedar, y corrió á su socorro.

Doña Bibiana, tendida en el suelo, respiraba apenas: la sangre, arrebatada á la cabeza, vestía su rostro de un encarnado de púrpura, sus ojos estaban rodeados de círculos oscuros: sus labios azulados, dejaban escapar una espuma por sus extremos.

Doña Ursula, asustada, llamó á Gregorio, y entre los dos pusieron sobre la cama á la viuda.

—Vaya Vd. al instante á llamar al médico, dijo el ama de llaves: yo me quedaré con el jardinero, y vuelva Vd. al momento para pres-
tarle algun auxilio, porque se nos puede morir.

Gregorio que no tenía mal corazon, echó á andar hácia la aldea para traer al facultativo.

Encontróle en su casa, y le decidió á que le siguiese á fuerza de ruegos.

Cuando el médico entró en la alcoba, aun no habia recobrado la viuda los sentidos: tendida en su lecho, se asemejaba á una masa inerte, y solo dejaba oír una respiracion entrecortada.

El médico sacó un estuche, y abrió por sí mismo la vena de la mano izquierda de Doña Bibiana, que empezó á reanimarse despues de un rato.

Quiso hablar, pero no pudo: la sangre la ahogaba aún y se agolpaba en grandes olas á su pecho.

El médico recetó una bebida calmante y una tisana, pero al marcharse, no ocultó á Doña Ursula que no llevaba ninguna esperanza de salvacion.

El ama de llaves, verdaderamente afligida, buscó las de la gabeta de su ama á fin de sacar

dinero para las medicinas; pero no halló un cuarto.

Todo el metálico se lo habian llevado Aurora y German.

Doña Ursula, compadecida de la infeliz madre, sacó de su bolsillo lo que hacía falta, acordándose de que tambien había pescado en aquel revuelto rio, y no pudiendo avenirse á la idea de abandonar á la pobre señora en tan triste situacion.

Los medicamentos no surtieron ningun efecto: Doña Bibiana solo recobró por algunos instantes el uso de la palabra, y fué para preguntar por sus hijos.

—Se han marchado, señora... respondió temblando Doña Ursula.

—¡Ah, sí! exclamó la viuda, con un suspiro hondo y amargo: ya lo recuerdo... ¡me han abandonado!

—¿Quiere Vd. que les escriba, señora?

—¿Sabes dónde viven? ¿dónde están? ¿dónde han ido á parar? exclamó Doña Bibiana con ansia.

—¡Ay no señora! ¡no me acordaba de que no se lo pregunté! contestó el ama de llaves, diciéndose que los jóvenes habian huido sin decir dónde iban á parar en Madrid.

—¡Imbécil! murmuró la enferma.

Luego dijo entre dientes:

—¡Y yo que he despedido á Isabel! ¡Dios me castiga!

—Esa sí que puede volver, se apresuró á decir Doña Ursula: sé donde está.

—¿Lo sabes?

—Sí, señora: como la pobre no tenía á dónde ir, le di una carta para mi hermano.

—¿Para tu hermano? ¿y qué es tu hermano?

—Tiene tienda de comestibles en la calle de Toledo.

—Cuando ella reciba la carta y pueda volver, ya no será tiempo, dijo Doña Bibiana.

—¿Por qué, señora? Vd. se mejorará muy pronto.

—¡No, repuso la viuda: yo moriré, y moriré sola, y sin ver á ninguno de mis hijos; Dios me castiga! ¡bendita sea su santa voluntad!

La viuda, cuyo carácter fiero parecía haberse ablandado hasta la sumision en presencia de la muerte, cerró los ojos, y de ellos se escaparon algunas lágrimas.

El médico volvió al cerrar la noche, y advirtió á Doña Ursula que iba á empezar el delirio muy en breve, y que no se asustase.

En efecto: la pobre enferma empezó á ser atormentada por crueles visiones: veía danzar ante sus ojos figuras fantásticas y pavorosas: gritaba que le librasen del puñal con que le amenazaba su hijo, y al mismo tiempo decia que veía reir á su hija á carcajadas: pedia perdón á los dos, de sus injurias, de su carácter dominante, de todos aquellos defectos, en fin, de que la habia acusado su conciencia, y luego derramaba abundantes lágrimas, quejándose de la ingratitud de sus hijos, á los que aseguraba haber amado siempre con todo su corazón, á pesar de sus modales ásperos para con ellos.

Doña Ursula y Gregorio fueron los únicos que pasaron aquella noche terrible al lado de la enferma, cuyas fuerzas se agotaron al amanecer.

—¡Qué diferentes muertes hay en el mundo! decia el ayuda de cámara de German á la vieja ama de llaves.

—¿Por qué dice Vd. eso? preguntó Doña Ursula: ¿acaso piensa Vd. que la señora se muere?

—Tan muerta es como el yeso: y esta agonía terrible me recuerda otra muy dulce, que yo presencié tambien: se moria la madre de mi amo el Marqués de V... excelente señora, y tan ca-

ritativa y buena cristiana, como amable con todos: habia criado á sus hijos con miel y no con hiel: y estos la amaban tanto como la respetaban: todos estaban al rededor de su cama cuando espiró, y de todos se despidió con afectuosas y sentidas palabras: esta desgraciada muere sola, y muere asesinada por la ingratitude de sus hijos.

—¡Qué empeño en que ha de morir! exclamó Doña Ursula: yo espero en Dios que sanará.

—Yo no, dijo Gregorio: y si no, aquí está el médico, y verá Vd. lo que dice.

El médico se aproximó al lecho, y meció la cabeza con aire triste.

—No hay remedio, dijo: avisen Vds. al instante á la parroquia.

Doña Bibiana oyó estas palabras: entreabrió pesadamente los párpados, y dijo:

—¡Sí, sí! ¡un sacerdote! ¡un sacerdote!

—¿Se encuentra Vd. muy mal, señora? preguntó Doña Ursula, inclinándose sobre la almohada.

—¡Muy mal, repitió la enferma: sí, muy mal! me muero, Ursula, y solo á tí te debo el no espirar sola y abandonada de todos: por lo tanto, quiero recompensarte en lo posible... mira,

toma esta llave... y así que se vaya el médico, y salga Gregorio á buscar al párroco, abre aquel armario pequeño, y saca un cofrecito que hay en él... lo traerás aquí... sobre mi cama, y yo dispondré de su contenido!...

—Está muy bien, señora; dijo Doña Ursula: será Vd. obedecida en todo.

—Ya no queda aquí nada que hacer, dijo el facultativo, separándose de Gregorio, con el que habia estado hablando: solo son necesarios los auxilios de la religion: lo que padece es un ataque cerebral que ha adelantado mucho en pocas horas, y que la medicina no puede cortar: volveré al medio dia, pero es probable que entonces ya haya muerto.

El médico echó sobre la enferma una última y triste mirada: la de la ciencia que se vé vencida por Dios, y salió de la habitacion.

Gregorio salió con él.

—¡Pronto, pronto! exclamó la viuda: ¡trae el cofrecito, Ursula!

La buena mujer se apresuró á obedecer.

Abrió el armario y sacó un cofrecito bastante pesado que se hallaba sobre la tabla superior, llevándolo al lecho de la moribunda.

La viuda señaló una cinta que ceñía su

cuello y de la que pendía una llavecita de plata, haciendo señal al ama de gobierno la tomase y abriese con ella la caja.

Doña Ursula obedeció con mano trémula, abrió el cofrecito y aparecieron algunas pilas de monedas y algunos paquetes de billetes de Banco.

—Aquí no hay mucho, dijo la moribunda: pero estoy segura de que ascenderá la suma á cinco mil duros: darás mil á Gregorio para recompensarle por haberte acompañado durante mi agonía, y por haberme asistido como tú: de los otros cuatro mil, dos son para tí, y los otros dos para mi sobrina Isabel, á la que buscarás por todas partes si ya no se hallase en casa de tu hermano: vive con ella y sírvela de madre y de amparo, ya que de ambas cosas se vé privada en el mundo.

—Así lo haré, señora, dijo Doña Ursula enjugándose las lágrimas.

—En cuanto á mis hijos, prosiguió la moribunda, nada te digo, porque todo es suyo... solo te encargo que si les ves les digas que les he perdonado y que pediré á Dios por ellos.

La pobre madre, ya no habló nada más: recibió los últimos sacramentos, y dando mues-

tras de verdadera contrición, espiró tranquilamente.

Doña Ursula se arrodilló á los piés del lecho, y rezó entre lágrimas con verdadero é íntimo fervor: el cofrecito había quedado sobre la mesa del cuarto de la difunta, sin que la comparsiva anciana pensase más en él.

Así pasó toda la tarde: el cadáver debía ser conducido al día siguiente á la iglesia parroquial, y Doña Ursula, poseida de un verdadero dolor, se propuso dos cosas: pasar velándole toda la noche, y emplear en misas aquellos pesos duros que había tomado de las cantidades que la difunta le daba para el gasto de la casa.

La vieja cocinera, aprovechando el desorden, estaba desde el día anterior solazándose en la aldea con alguna de sus conocidas.

Doña Ursula se levantó, y fué á la cocina en busca de una luz, para encender con ella algunas bujías que alumbrasen el cadáver: pero apenas había salido de la estancia mortuoria, entró en ella otra persona que estaba acechando sin duda aquella ocasión.

Esta persona era el ayuda de cámara de German.

Entró con paso vacilante: ya no penetraba

por los cristales de la ventana más que la débil luz del crepúsculo; pero esta luz bastaba aun para dejar ver el cadáver sobre el lecho, cubierto con la sábana que Doña Ursula había echado sobre sus facciones.

Por un exceso de descuido inconcebible, el cofrecito tenía la llave puesta: Gregorio alzó la tapa, y lo acercó á la ventana, brillando en su semblante un rayo de alegría.

—¡Dinero! murmuró: ¡no me había equivocado al ver el cofrecito! ¡dinero! no será para esa vieja llorona: aquí no hay nadie... la señora ha muerto abandonada de sus hijos... ¡já rio revuelto, ganancia de pescadores! ¡si se lo había dejado á la vieja, antes soy yo!

Gregorio desapareció con el cofrecito, tomando el camino que conducía á la ciudad.

Preciso es decir que su conciencia no estaba inquieta en lo más mínimo: no creía haber despojado á Isabel, sino á Doña Ursula, suponiendo que ésta se habia apropiado aquella respetable cantidad.

Cuando la anciana volvió, colocó las velas sobre una mesa á la cabecera, y otra á los piés: luego su primera mirada fué para buscar el cofrecito.

El respeto que el aspecto de la muerte le inspiraba, fué lo que ahogó en sus lábios un grito de espanto al ver que había desaparecido.

Salió de allí para buscar á Gregorio por todas partes; y el viejo jardinero, que se hallaba asomado á la puerta, le dijo que le había visto ir hácia la ciudad.

La pobre é irresoluta mujer no supo hacer más que llorar: volvió al lado del cadáver, y se deshizo en llanto, lamentándose de su triste suerte.

Por fin, la vista del cadáver calmó su aflicción: no hay nada que nos hable del poder de Dios, como la muerte fria é inexorable, ante la cual todo cede y se doblega, y se vuelven tan mezquinas todas las consideraciones del mundo.

La rica viuda de Megía fué enterrada de limosna en la parroquia de una aldea, y el virtuoso Párroco que sufragó todos los gastos, tranquilizó á Doña Ursula, que no podía consolarse de ésto, diciéndole que ya se cobraría de los herederos cuando fuesen por allí.

El ama de llaves, despues de rezar sobre la sepultura de su señora, salió en una modesta galera, de paso para Madrid, cuyo conductor se encargó de llevarla á la corte por una retribución muy módica.

IV.

Aurora no amaba al hombre á quien se habia unido, con esa afeccion necesaria para ser felices y para marchar con valor por la áspera vía del matrimonio: le profesaba una inclinacion tierna, acaso por ser la primera que en su vida habia sentido: pero esto no era bastante para ocultarle los groseros defectos de que aquel hombre adolecia, y que son insoportables en la vida íntima.

Apenas se preparaban los dos hermanos á entablar á su madre el pleito por medio del cual trataban de despojarla, cuando supieron por el Párroco, que escribió al Notario que la familia tenia en Madrid, la muerte de aquella madre infeliz.

El severo Sacerdote no usaba de rodeos, y decia al Notario que él, en su conciencia, tenia por los asesinos de la viuda de Megía á sus dos hijos.